EDUARDO GARCÍA DE ENTERRÍA. *Fervor de Borges*. Madrid, Editorial Trotta, 1999, 145 pp.

Los estudios críticos sobre la obra de Borges han privilegiado el ensayo y los relatos y han desdeñado, injustificadamente, su obra poética. Es verdad que él mismo miraba con cierto aire condescendiente sus escarceos poéticos iniciales ("he cometido algunos poemas", solía decir refiriéndose a aquellos escritos en su juventud), pero es verdad también que a partir de 1960, año en que publica *El Hacedor*, otra será la relación que establezca con la poesía. A partir de ese momento, Borges se entrega plenamente al trazado de versos buscando en ellos la voz inalterable y la salvación:

Aunque ciego y quebrantado,
He de labrar el verso incorruptible
Y, es mi deber, salvarme,

El Hacedor, 1960

La publicación de *El Hacedor* significó la apertura de una puerta por la que los borgianos empezaron a asomarse, al principio con timidez y desconfianza, luego con mayor soltura, hasta sentirse tan cómodos y gratificados como cuando se entregaban a la gozosa lectura de sus relatos. Pese al entusiasmo que la poética borgiana ha ido despertando, son todavía sus obras en prosa las más frecuentadas, las que

llaman abrumadoramente la atención. Por eso, es meritorio todo esfuerzo que se encamine a rescatar al Borges poeta, a devolvernos otro rostro y otros matices de este notable escritor argentino.

En esta línea se inscribe el trabajo de Eduardo García de Enterría, académico de larga data, tanto como su vocación borgiana. A propósito del centenario de Borges —fecha que ha hecho propicia otras publicaciones—, saca a la luz *Fervor de Borges*, un conjunto de 13 breves ensayos sobre la poética del notable porteño. A lo largo de estos ensayos incide fundamentalmente en cuatro puntos: subraya el valor primordial de la poesía de Borges, que le sirve como punto de partida para plantear una interesante distinción entre el Borges prosista (“irónico y embaucador”) y el Borges poeta (esencial y trágico); llama la atención sobre su condición de poeta épico y reflexiona sobre la confrontación entre Borges y Dios. También hace referencia a otro tema esencial en Borges: la relación —a veces escabrosa, a veces limpia— entre el tiempo y la muerte.

A pesar del rotundo éxito obtenido como narrador, Borges se empeñó en la ardua tarea de escribir poesía consciente de que ésta no trascendería el espectro del castellano pues suele ocurrir —y Borges, que lo sabía casi todo, no ignoraba esto— que la traducción es infiel a la silenciosa voz de los poemas. Sin embargo, es esta voz la que nos lleva de la mano a conocer al Borges profundo pues “en ella encontrará el poso de su alma, el fondo más profundo de su sentido del mundo y de la vida —lo que difícilmente podrá encontrarse en sus cuentos o en sus ensayos, reino normalmente de sus juegos retóricos y de sus combinaciones artificiosas” (53-54).

García afirma también que, desde la publicación de *El Hacedor*, Borges abandona una buena parte de los recursos con los que ha construido su fama (el juego, la impostura, el simulacro, la ironía) e inaugura una época totalmente nueva: la del poeta “que busca en la oquedad resonadora de su ceguera

expresar las profundidades del mundo y de la vida" (54). Ese abandono y esa búsqueda lo llevan a construir una poética en la que están ausentes lo inefable, lo sublime o una ebria glorificación de la vida; desdeña también el delirio y las alucinaciones para concentrarse en el despliegue de la inteligencia, la lucidez, la clarividencia total sobre los grandes misterios de la vida y el hombre.

La presencia de lo épico en la poesía borgiana se explica claramente por su estirpe. En él venía a confluír —por esas cosas del azar que tanto le fascinaban— un extraño capricho genealógico: por sus venas corría "la sangre de los hombres que habían hecho con su brazo y con su espada la Argentina, de manera especial y sobresaliente, los que protagonizaron la independencia y las guerras argentinas de todo el siglo XIX..." (74). Los hombres que lo prefiguraron son los que constantemente él evoca. Otro síntoma de esta filiación épica es la atracción que sobre él ejerció el puñal o la espada "y sus virtudes catárticas, que desenlazan los nudos que atan el por venir y resueltamente lo franquea" (84).

La relación entre Borges y Dios fue ambigua; tal vez hasta conflictiva. Borges le reprocha al creador del universo la naturaleza imperfecta de su creación que hace evidente el caos; pero, también, buscará insistentemente, hasta el día de su muerte, la mirada de Cristo. García arriesga a decir que ese conflicto no se resolvió felizmente: "Borges ha arrastrado una especie de fe desiderativa en Cristo, pero una fe siempre frustrada, aunque el deseo proyectivo no le haya abandonado nunca" (144). El propio Borges dijo alguna vez: "Yo no estoy seguro de ser cristiano, y estoy seguro de no ser budista" (*Siete noches*, 1980).

La mirada escrutadora de Borges —la otra, la que mantuvo intacta y lúcida hasta el último día de su vida— también indaga insistentemente en la relación entre la muerte y el destino. La muerte es el destino al que se desea llegar; no al que se teme. La muerte: tesoro prodigioso, Ítaca reconciliadora

("una oscura maravilla nos acecha, / la muerte, ese otro mar..."). Un hermoso soneto —"Blind Pew", nombre de un bucanero ciego, personaje de su admirado Stevenson— es revelador en este sentido.

Sabía que en remotas playas de oro,
Era suyo un recóndito tesoro
Y esto aliviaba su contraria suerte;

A ti también, en otras playas de oro,
Te aguarda incorruptible tu tesoro:
La vasta y vaga y necesaria muerte.

El Hacedor (1960)

Y es sorprendente y sobrecogedor en "La moneda de hierro":

El hombre que en su lecho último se acomoda
Para esperar la muerte. Quiere tenerla, toda,

Éstos son los temas a los que vuelve frecuentemente García y, aunque no lo hace con el rigor que caracteriza a otros trabajos en torno a Borges (Rodríguez Monegal, por ejemplo), sí lo hace con entusiasmo inteligente y con acertada intuición.

Luis Fernando Jara
Pontificia Universidad Católica del Perú